

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prefacio del autor | 9 |
| PEQUEÑO INFIERNO TURINÉS | 13 |
| Despachando estos viejos papeles | 15 |
| Un viejo turinés | 21 |
| Las turinesas | 45 |
| Pequeño infierno turinés | 60 |
| Por un cine quemado | 67 |
| Boxeo en Turín | 78 |
| Lingotto y Cottolengo | 92 |
| El peatón de Turín | 97 |
| Paseo con el Alcalde | 103 |
| Carlo Casalegno: homicidio político y coro | 117 |
| El Santo Sudario del Cristiano | |
| Desconocido | 125 |
| Balada del enfermero | 133 |
| <i>Nota sobre la edición</i> | 139 |

En una casa, a la patrona turinesa la denuncian los suelos brillantados hasta hacerse sangre, testigos como son de una rabia épica por transformar en cristal de Bohemia la sórdida baldosa. Tras el luciferino brillantado, la puerta se abre de par en par a todo el mundo. Quien disponga de salvoconducto deberá someterse a una inmovilidad humillante *para no ensuciar* (y no se equivocan: no hay presencia humana limpia del todo).

Como reconstituyentes, prefieren el *marsala* con huevo y la ensalada de carne cruda. A cualquier hora, en sus cocinas humean las tisanas de las herboristerías. La idolatría del *pele bien colocado* las lleva, con la frecuencia de un *tic* nervioso, al peluquero, y hace negocio con ellas cualquiera que sepa manejar un peine, paralizar la ondulación de

la crin. No creo que esto suceda debido a la conciencia de la importancia erótica y mágica del pelo: querer así de ferozmente que esté *bien colocado* indica más bien un reflejo obsesivo, probablemente una desesperada vergüenza por esos actos siempre ilegales, íntimos en exceso, que lo desgreñan. Por desgracia, astutos sureños han sustituido por estables antros tricófilos a las peinadoras turinesas a domicilio, que eran el nervio moral de la ciudad, protagonistas y admirables oyentes de historias descorazonadoras, mientras calentaban la plancha y colocaban los rulos.

Madre e hija son inseparables cuando se trata de adquisiciones importantes; no se aventuran solas en los meandros de la compra, ni se fían de los demás; delante de una pieza de tela de color, la complicidad de la sangre salta como el resorte de una navaja. Para ir al médico, la preparación es meticulosa: en primer lugar se limpia la casa, se saca brillo a los cristales, al latón y a la plata; se revisan los armarios, se cambian el alcanfor y la naftalina; luego se renueva la lencería, se va a comprar un vestido nuevo, un par de zapatos, un bolso. Se vuelve al peluquero para un último retoque antes de la visita. Intentará recuperar la salud por todos los medios posibles antes de la cita o, al menos, evitarle al médico todo elemento desagradable a la vista o al tacto, con el fin de ahorrarle la desagradable sorpresa de encontrarse ante un desor-

den físico insuficientemente pulcro o que pudiera resultar ofensivo al esculapio.

Las Turinesas invitan a almorzar, pero rechazan la hospitalidad nocturna. El invitado, por la noche, es ladrón de privacidad, vampiro de la intimidad y portador de indecencia. Con tal de que no pretenda quedarse a dormir, multiplican sus atenciones diurnas: comidas congestionantes, centradas en el terrible *fritto misto*, lo sacian a uno, alentándole a caminar toda la noche. Pasada la medianoche, ni siquiera un amante es bien visto: más amado será si duerme en su casa.